

Confesión de una trabajadora

¡Cuánta confusión en mi cabeza!

Por SONNIA REYES

Señor:

Postrada ante ti, te doy gracias por haberme permitido ser parte de este día en compañía de mis seres queridos, pero también te pido perdón por haber sido débil para resistir las tentaciones que hoy se presentaron en mi camino.

Señor, cada vez se me hace más difícil llegar al final del día sin haber pecado porque no logro llevar el pan a la mesa con sólo mi trabajo honrado; Tú, que nos entregaste el trabajo como gracia divina para hacernos más dignos a través de él.

En la mañana rompe nuestro ayuno una leche que, según dicen, no nos pertenece y que se la compramos a un jubilado que vende su dieta para cubrir con ese dinero otros gastos que su pensión no le permite o a un muchacho del barrio que no sé de dónde la obtiene, pero que su precio resulta más accesible.

En mi trabajo tengo que dedicar tiempo y los equipos de mi taller para realizar trabajos particulares que me ayudan a obtener un ingreso adicional a mi

sueldo, y de esa manera comprar la leche con que mi familia desayuna cada mañana. Eso que hago yo lo llamo trabajo, pero otros lo denominan malversación; ¡cuánta confusión en mi cabeza!



La tentación es mucha: ropa, calzado, comida a precios altos, salarios que no alcanzan para cubrir dignamente mis necesidades principales, y yo, Señor, sólo sé trabajar, sólo quiero trabajar y vivir dignamente de mi trabajo junto a mi familia.

La confusión comienza a invadir mi espíritu porque mis hijos me piden artículos que no les puedo comprar, pero que su vecino sí los tiene porque su abuelita les remite, todos los meses, un dinero del extranjero o por-

que su mamá vende su cuerpo al placer.

También tuve que “gratificar” a un empleado público con el pretexto de que se trataba de un modesto regalo; esto lo hice para agilizar los trámites relacionados con mi vivienda, porque en el organismo competente me pedían papeles y procedimientos propios de un laberinto.

Por eso, Señor, al terminar el día pido perdón por lo que he hecho y por lo que tendré que hacer mañana, porque mañana volveré a desayunar con una leche comprada al muchacho que no sé de dónde la trae, y también porque tendré que “inventar” algo que me permita llegar a completar el dinero con el cual comprar los zapatos del menor de mis hijos.

Y si mañana no puedo hacer lo anterior, amordaza mi lengua y amarra mis brazos para contener mi ira y convertir todo ese enojo en paz y amor.

Perdón, Señor.

△